

VISCERAL

Renj

— **E**stoy embarazada. Las palabras salen limpias, sin tartamudeos, tal vez fue por el producto de haberlas repetido constantemente o querer decir las ya. La velocidad del sonido es de 343.2 km/s, sólo si la temperatura está a 20° C con 50% de humedad en un nivel del mar, eso, por lo menos, dice el internet. Desconozco a qué nivel, humedad y temperatura nos encontramos. De la nuca me surge una gota que, lenta pero segura, recorre la piel que cubre mi columna vertebral hasta perderse en mi espalda baja.

Una vez pronunciadas, las ondas sonoras se propagan hasta llegar a su objetivo, pero su boca siempre fue demasiado grande y sus oídos de canales estrechos, así que, como siempre lo hace, se las tragó; sabían diferente a los reclamos, menos pesadas y pastosas, aunque en definitiva no eran dulces. ¡Las palabras fueron amargas en su boca! Una vez en el esófago, se da cuenta, demasiado tarde, de que su tamaño no es el óptimo para digerirlas de un solo bocado. Así el cuerpo, a veces demasiado estúpido para admitirlo, desaloja el verbo en presente de indicativo a la tráquea, provocando una asfixia.

Su cara se pone pálida y, en consecuencia, la mía también. Creo que se está ahogando y me levanto de golpe para intentar auxiliarlo, pero con su mano izquierda indica que me siente, mientras con la otra se tapa para toser aquello que no lo deja respirar. Un mesero le trae un vaso de agua, mas él ya ha recuperado su color. Mientras bebe, fijo la mirada en su dedo anular y no sé si es la luz cegadora del mediodía que se refleja por la ventana, pero éste dio un destello que me pareció como un guiño, augurando que todo va a estar bien.

El adjetivo ya se encuentra sometido a la corrosión de los jugos gástricos y, en conjunto con el bolo alimenticio, es transportado por las vísceras abdominales para ser absorbido. Ligeramente opaco, aunque sin perder su carga semántica, recorre cada parte del cuerpo y lanza pequeños impulsos eléctricos, pero él sólo siente un hormigueo. Cuando al fin pudo decodificar el mensaje de sus vísceras, responde:

—¿Y de quién es...? ¿De tu esposo o mío?



Cinismo, Luis Arturo Noriega Collado.